



Wilfrido H. Corral
Cartografía occidental de la novela hispanoamericana

Centro Cultural Benjamín Carrión,
 Quito, 2011, 387 págs.

Si en “Familiares ocultos del discurso posmoderno sobre la cultura: utopía colonial y nostalgia fascista”¹, Valeria Coronel advertía ya sobre los cimientos endebles de los estudios culturales, las tautologías relativistas de algunas reflexiones poscoloniales y la debilidad de las miradas subalternas respecto a los caducos sistemas de producción y acumulación de las últimas décadas de la Colonia sudamericana y las primeras de vida republicana, *Cartografía occidental de la novela hispanoamericana*, del crítico y profesor universitario Wilfrido H. Corral, pone un pie adelante y arriesga aún más.

A través del despliegue de un mapa de la novela hispanoamericana de principios y finales del siglo XX, Corral, no sin matices y problematizaciones idiosincráticas, se decanta por adscribir la crítica literaria y cultural de esta latitud a la –constantemente vilipendiada pero, a la vez inabarcable y riquísima– tradición occidental. Opta, al mismo tiempo, por diseccionar el trabalenguas de una parte importante de la crítica occidental del siglo XX y comienzos del XXI, a través de un análisis –que funciona también como “una crítica de la crítica occidental”– del uso indiscriminado de su jerga ensimismada, de la relativización de todo su universo simbólico y de sus fugas desesperadas hacia asideros nacionalistas. Mientras tanto, sostiene Corral, la narrativa misma, alejada de aquella interpretación, bastante más desprejuiciada, ha dialogado y se ha nutrido, con reservas pero de manera más provechosa, de Occidente.

Así, Corral no solamente rompe el baremo usual de recepción y lectura de la literatura escrita y publicada en Hispanoamérica, tan entregada, en ocasiones, a la búsqueda infructuosa de un lenguaje propio y enteramente autosuficiente: contesta cualquier pretensión separatista, localista o insular de la disciplina de la crítica cultural. Evidencia, lo que no es poco, las inverosímiles distancias entre crítica y producción estética, cosechadas a partir de un afán, por el lado de la crítica, que apunta más a un solipsismo teórico que a una conversación abierta y plural. Anota las insuficiencias de los soliloquios críticos, las tautologías y las cerrazones y prejuicios antioccidentales; confronta la debilidad de la partición Oriente-Occidente –y, con ello, también dialoga, critica, rescata y repiensa a Edward Said y varios críticos “occidentales” de la novela. Por otro lado, rastrea las rutas de salida, de fuga y de relego de la

1 Artículo compilado en Walsh Catherine, Edit. (2003). *Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala, pp. 243-266.

crítica escrita en y sobre la producción literaria en español:

No me ubico –escribe Corral– en el anti-occidentalismo definido y examinado por [Ian] Buruma y [Avishai] Margalit, ni me refiero a una versión estereotipada, condescendiente y paternalista de Hispanoamérica. Precisamente la occidentalidad, cuya semántica matizo, es responsable de sentimientos radicales o conservadores que se han notado históricamente en el continente respecto al capitalismo y la modernidad (p. 38).

Hay una relación espinosa, pero inevitablemente porosa e incluso dialógica entre lo que se piensa y se quiere hispanoamericano y lo que se tiene como occidental, algo frecuentemente visto como no suyo, casi ajeno, parece decir Corral. De hecho, la mejor crítica de la práctica literaria hispanoamericana se ha erigido utilizando un Occidente teórico, y las salidas a esta constatación no parecen haber sobrepasado “esencialismos frecuentemente patrioterros y paradójicamente dependentistas” (p. 12).

No obstante, sería injusto pensar que *Cartografía occidental* trabaje solamente la disciplina literaria, sus vanidades, sus apegos o desafectos por Occidente. Corral más bien apunta a un trabajo interdisciplinario, en el que las referencias sobre la literatura –campo que más familiar le resulta al autor, exprofesor de literatura en Stanford y Massachusetts– buscan discutir un problema epistemológico en las ciencias sociales y las humanidades, muy propio de una región como América Latina, y de su otra orilla, España: cómo se gestan y cuáles son los grados de parentesco entre un pensamiento propio, atávico o vernáculo y las inminentes condiciones, no exentas de violencias, arbitrariedades y olvidos, que propone Occidente, mercado y saldos de por medio.

En ese sentido, este libro buscaría más bien mirar cómo otros campos de las Humanidades reciben a la novela hispanoamericana y su acervo crítico, cómo se perciben las líneas de pensamiento vinculadas a la narrativa pero, en muchas ocasiones, extensivas a la Historia, las Ciencias Políticas, la Antropología o los estudios de género, y cuáles han sido las debilidades, muchas de ellas muy cercanas a las del propio Occidente, que han lastrado la posibilidad de construcción de lo que el propio Corral llamaría “una teoría hispanoamericana de la novela” (p. 32), a la manera de los formalistas rusos o de Henry James, Cyril Connolly y Edmund Wilson, quienes, desde el estudio de obras anglosajonas, construyeron un andamiaje teórico aplicable no solo a los textos escritos en inglés y desde realidades metropolitanas, sino a la idea misma de texto literario.

El primero de los cinco capítulos, titulado “Diez problemas para el novelista latinoamericano: o cuatro décadas de teoría” está centrado en examinar la vigencia del talentosísimo crítico uruguayo Ángel Rama, y sus revisiones de varias de las novelas del *boom* latinoamericano y cómo éstas se leían –y, acaso, se siguen leyendo– en el centro de Occidente. Corral ubica a Rama como parte privilegiada de la tradición crítica occidental, sin descuidar a Auerbach, y deriva sus observaciones a las recepciones anglo-europeas de varios autores latinoamericanos.

La segunda parte, “Salvador y Palacio: política literaria, novela y psicoanálisis andino en los años 30” es una crítica desde una zona “periférica” a ciertas miradas sobre vanguardia e innovación producidas en la literatura hispanoamericana, así como a un Occidente mercantilizado que, tanto en su centro como en sus periferias, aplica una política de mercado en la lectura de lo innovador o lo sorpresivo. Al centrarse en Pablo Palacio y Humberto Salvador, Corral cuestiona la esta-

bilidad y la construcción misma del canon en la literatura del continente, probando que ambos prosistas ya habían repasado, desde sus geografías laterales, a buena parte de la literatura occidental de ese entonces y habían propulsado escrituras de ruptura, silenciadas por preferencias a las figuras icónicas del Cono Sur. Así entonces, Occidente no habría podido construir una modernidad simétrica, si no en sus centros, menos aún en sus periferias que sufrían entre ellas de grados diversos de invisibilidad y falta de inserción o, lo que es lo mismo, por la incapacidad de ser valorados como referentes.

Los siguientes capítulos sitúan a Cortázar, Vargas Llosa o Fuentes en contextos políticos cambiantes. Sobre los dos primeros, Corral historiza el fervor político del *boom* en la década de los sesenta y sigue sus pasos, tramitando frecuentemente un espacio legible y menos folclorizado para América Latina en Europa y Estados Unidos, lugares que nunca mostraron reticencias a la hora de ubicar lo que es canónico o baladí en el mundo literario hispanoamericano.

En cuanto a Fuentes, Corral repasa su trayectoria como crítico y novelista, y entre estas dos, y pese a sus patentes insuficiencias, rescata la posibilidad de teorizar desde el oficio de la ficción o más bien, recoge el valor de la crítica escrita por novelistas. Observa Corral, por ejemplo, la sensibilidad de estos últimos para entender su época y su constante trasiego en contra de los dogmatismos

nacionalistas o revanchistas. Los referentes de estos escritores son occidentales, comprueba, y el mejor trabajo se da cuando se intenta superarlos desde adentro, desde los mismos caminos que imaginan y trazan las tradiciones estéticas occidentales.

Este capítulo lleva a las consideraciones del capítulo final, sobre la constante búsqueda de la novela total, no solo en las metrópolis occidentales sino también en sus márgenes, y los continuos esfuerzos estéticos y teóricos de los novelistas hispanoamericanos por asumir las inevitables modernidades de la novela.

Desde luego, después de leer *Cartografía occidental*, uno piensa en el exiguo espacio de la narrativa ecuatoriana, de la boliviana (Corral piensa en Sáenz), de la paraguaya en sus propios continentes, en sus propias lenguas. Uno piensa en estas narrativas, que no son sino literatura minoritaria, en palabras de Kafka, que marcan la existencia de un margen en el margen; en Salvador Lara y Joaquín Gallegos Lara, siempre innovadores y hoy casi olvidados; y, también, en la peculiar forma de mirar y arrogarse Occidente que ha hecho propia América Latina, uno de los más fértiles terrenos de la verborrea occidental pero, al mismo tiempo, del acierto estético.

Antonio Villarruel
Magíster en Estudios urbanos
FLACSO-Ecuador